

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

Departamento de Geografía. Univ. Autónoma de Madrid

Ortega y Gasset y la Geografía

RESUMEN

Se estudian las ideas geográficas del pensador español José Ortega y Gasset en relación con su entorno cultural y científico. Se destacan, primero, sus conceptos generales, segundo, su enfoque del tema de la causalidad, tercero, su percepción e interpretación de lo geográfico y, finalmente, su aportación conceptual y literaria a la cultura geográfica española en su época.

RÉSUMÉ

Ortega et la Géographie.- On étudie les idées géographiques du penseur espagnol José Ortega y Gasset en relation avec son entourage culturel et scientifique. On met en évidence d'abord ses concepts généraux, après son approche du thème de la causalité, en troisième place sa perception et interprétation du géographique et finalement son apor-

tation conceptuelle et littéraire à la culture géographique espagnole de son époque.

ABSTRACT

Ortega and the Geography.- This article studies the spanish philosopher José Ortega y Gasset geographical ideas, relating them to his cultural and scientific environment. It's outlined firstly his general concepts, then his approach to the causality subject, thirdly his perception and interpretation of geographical phenomena and finally his conceptual and literary contribution to spanish geographical culture of his time.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Ortega y Gasset, Geografía, pensamiento geográfico.
Ortega y Gasset, Géographie, pensée géographique.
Ortega y Gasset, Geography, geographical thought.

I INTRODUCCIÓN

EN UN primer momento podría parecer que el tema aquí tratado es un asunto marginal en la obra de José Ortega y Gasset. Sin embargo, un lector advertido (ya Terán había comentado la existencia de intuición geográfica en sus obras) y atento verá pronto que los terrenos de frontera entre el pensamiento de Ortega y la Geografía son tantos y están en regiones literarias no sólo tan extensas sino frecuentemente tan profundas, que resulta difícil y, sobre todo, laborioso buscar límites y pasos entre ellas. Si, abierto progresivamente el interés, sigue en su búsqueda, observará algo más que hitos, lo que dificulta el establecimiento concreto de tal frontera. A veces aparecen, con mayor atractivo, caminos su-

rentes e incursiones estrictas. Pero además, en otras ocasiones, éstas y aquéllos enlazan directamente con reflexiones más allá de lo geográfico, que, incluso, podríamos considerar filosóficamente fundamentales.

Tales incursiones y reflexiones tienen, por supuesto, no sólo importancia literaria o conceptual, sino también directamente geográfica y más aún en la época en que fueron escritas. Como las referencias, sin embargo, son múltiples, a veces dispersas, ramificadas, y pueden conectar, por ello, tanto con Hegel como con Macías Pica-vea, tendremos que introducir un orden de interés propio y habremos de restringirnos sólo a cuestiones que nos parecen claves, como, por ejemplo, las que tienen que ver con el paisaje y con la causalidad en Geografía. Ese orden y esos intereses podrían ser los siguientes.

En primer lugar, parece conveniente establecer la relación circunstancial entre Ortega y la Geografía de su época para enmarcar históricamente su aportación. Después, es interesante mostrar, aunque sea en un repaso y una ponderación breves, ya en su obra, su conciencia de la necesidad de la Geografía, directamente manifestada en sus escritos en la frecuente aparición de lo geográfico bajo diversas formas: por un lado, en lo teórico, de manera estructurada, al referirse a la circunstancia, a la naturaleza, a la historia y a la sociedad; por otro, en lo concreto, de modo coherente con lo anterior, mediante la observación o la vivencia o la reflexión sobre determinados lugares, pero también, en variadas ocasiones, hasta en lo accesorio. Es además esclarecedor añadir a estas menciones directas otros comentarios indirectos, pero no superfluos, como la posible aplicación a la Geografía de sus concepciones generales de la ciencia.

Sobre esta base deberemos tratar aun tres temas que tienen un rango mayor. Primero, el ya mencionado de la causalidad en la Geografía y en la Historia, territorial y ambientalmente considerada, a través de argumentos entonces intensos, como los que relacionaban u oponían «determinismo» y «cultura».

En segundo lugar, la reflexión sobre la interpretación y percepción de lo geográfico (social, cultural, personal), desarrollada con evidente lucidez.

Y, por último, lo que se debe denominar, por su definido carácter, ensayo geográfico orteguiano, que es, por un lado, ejercicio de interpretación del paisaje; pero, por otro, también otorgamiento de calidades literarias y de pensamiento a determinados parajes, que han quedado así cualificados culturalmente, a través de Ortega, de un determinado modo.

Con ello, en tales descripciones literarias de paisajes aparece también una especial e inesperada aportación externa, de apreciable profundidad de ideas e infrecuente belleza de estilo, a las páginas geográficas españolas profesionales, quizá voluntariamente más secas. Azorín decía con razón que a Castilla la ha hecho la literatura: su paisaje es algo más de lo que se ve, pues refleja una asimilación intensa de cultura y realidad geográfica.

Finalmente, hay que añadir en un caso concreto el uso del ensayo geográfico como un intento de contribuir a la vertebración regional de España, es decir, implicado directamente en nuestra organización territorial y cuya trascendencia no es escasa.

En todas estas manifestaciones, como es común en el amplio resto de su obra, la claridad y la elegancia de exposición justifican una cita de Goethe que Ortega re-

pitió varias veces: «Yo me confieso del linaje de esos que de lo oscuro hacia lo claro aspiran». Gracias a los escritos que aquí comentamos, estos rasgos caracterizaron también tempranamente una de las contribuciones más interesantes (y no tan laterales como se ha venido tácitamente creyendo) al pensamiento geográfico español, que en aquellos momentos no era precisamente muy copioso.

II

ORTEGA Y LA GEOGRAFÍA DE SU ÉPOCA

1. EL ENTORNO «GEOGRÁFICO» EN ESPAÑA

Mientras en el panorama científico occidental la Geografía de esos años corresponde a una época metódica, de expansión académica e investigadora, de avances brillantes en pensamiento, análisis y síntesis, en España la Geografía hasta bien pasada nuestra guerra civil era, en efecto, un campo todavía minoritario y también embrionario.

Salvo casos casi aislados o de aportaciones geográficas desde ciencias vecinas, la contribución investigadora original, autónoma y relativamente establecida de los geógrafos españoles, considerados como profesionales bien diferenciados y con criterios modernos, sólo presenta, a mi entender, una personalidad definida ya en los años cuarenta, con trabajos, por ejemplo, como los de Terán sobre Sigüenza o los Montes de Pas. Hasta entonces la Geografía española está haciéndose, evolucionando en el tiempo que media entre las siembras iniciales y las primeras cosechas.

En los momentos centrales en que Ortega escribe y publica, sí había en España, sin embargo, una evidente consciencia de la necesidad del cultivo de este tipo de conocimientos. Como hemos dicho, algunos geógrafos aislados, aunque destacados (por ejemplo, Dantín), lo llevaban a cabo en lo que podían abarcar y ciertos naturalistas prestigiosos hacían también trabajos geográficos desde sus ciencias o puntos de vista. Pese a que la producción era aún escasa y a veces adusta, salieron entonces ya a la luz, gracias a estas contribuciones, síntesis de calidad sobre el territorio español y sus comarcas.

La época pública como pensador de Ortega va de 1902 a 1955, pero la fundación de la *Revista de Occidente* en 1923 señala un momento intelectual significativo y central de su actividad en esa primera mitad de siglo: éste es, pues, el primer marco temporal preciso de relación con la Geografía que comentamos.

Su generación corresponde, según Marías, a los nacidos entre 1879 y 1893. En la Geografía española pertenecen a ella, por ejemplo, dos figuras representativas de la ciencia: Eduardo Hernández-Pacheco, geólogo con producción geográfica, y Juan Dantín Cereceda, geógrafo de procedencia geológica, relacionados profesionalmente y, el último, directamente con Ortega y la *Revista*.

Son momentos también, claro está, de incidencia de otros trabajos inmediatamente anteriores o contemporáneos, como los de los geógrafos Torres Campos, Huguet del Villar, Martín Echeverría, entre otros, o los que, desde distintas perspectivas, son convergentes en la Geografía con datos o ideas originales, como pueden ser los de los naturalistas (por ejemplo, Obermaier) o los de los excursionistas relacionados con la Institución Libre de Enseñanza como Bernaldo de Quirós.

2. EL ENTORNO «GEOGRÁFICO» EN EL MUNDO

En la Geografía mundial algunos datos pueden situar también con expresividad este momento, sin que, evidentemente, pretendamos aquí establecer una relación detallada con un panorama inabarcable.

Por un lado, hay actividad coincidente en fechas con la de Ortega de geógrafos muy reconocidos: de Vidal de la Blache, de A. Penck, de Davis, de Camena, de Christaller, incluso de Kropotkin, etc. Como caso próximo significativo, aunque no exactamente geográfico, hay que indicar que a su generación pertenece también Teilhard de Chardin.

Por otra parte, en esos años se dan hechos geográficos expresivos y a veces intensos derivados de la actividad humana, desde los relacionados con las comunicaciones o las industrias o la sociedad a los efectos de las guerras, que cambian los rasgos de las regiones del mundo. Pero, entre ellos, hay uno, más épico, que me parece especial: se consigue el cierre simbólico de los confines terrestres, de la «Terra Incognita» y de la época heroica de los descubrimientos geográficos, con la conquista de ambos Polos, el Norte en 1909 y el Sur en 1911 (si bien hasta los años cincuenta quedarán mapas con el rótulo de «inexplorado» en la Antártida e incluso en el Campo de Hielo Patagónico).

En lo intelectual, la etapa de fines del siglo XIX y los tres primeros decenios del XX poseen, en su aspecto geográfico, un fuerte peso. Está caracterizada por el paso de las obras de Haeckel (el fundamento ecológico) y de Ratzel (la antropogeografía y el determinismo) a la de Vi-

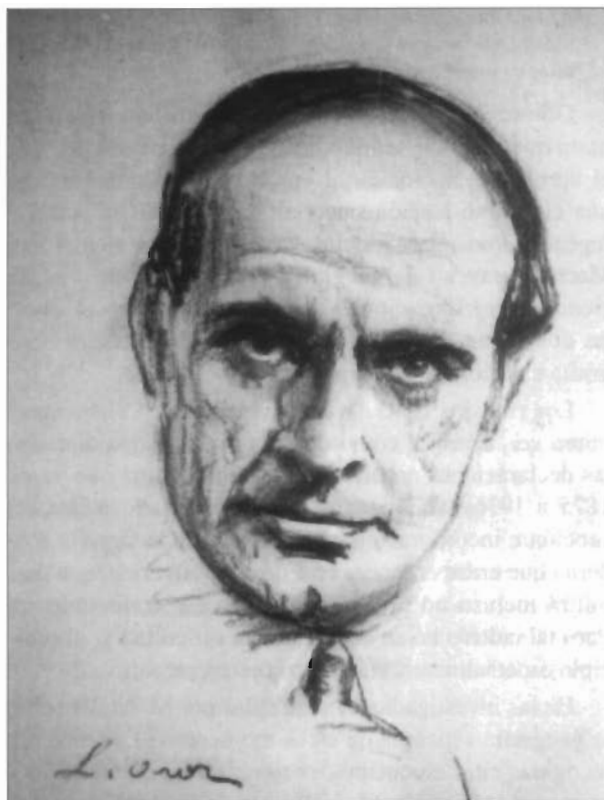


FIG. 1. Ortega en 1925. Dibujo de L. Oroz, en *Obras completas*.

dal de la Blache (la región y el posibilismo) y de Davis y discípulos (el cientifismo deductivista). Es ésta, pues, la fase de institucionalización de la Geografía «moderna» (hoy «clásica»), del fundamento en el paisaje y sus relaciones. Es también el momento de difusión de la Geografía de los «ambientalistas», como en el caso de Huntington, y el de los historiadores posibilistas, como Febvre. Es la época de la historia de las culturas con su decisivo fondo geográfico, primero, de un modo, en Spengler y luego, de otro, en Toynbee. Lo es también de las visiones globales de la naturaleza, como la espectacular de la Tierra en Wegener.

3. LOS GEÓGRAFOS ESPAÑOLES ANTES DE 1936

Sin embargo, en contraste, escribía aquí Azorín en 1916 una frase contundente: «España: un país donde nadie sabe geografía».

Esta carencia le parecía grave a nuestro escritor porque estimaba al conocimiento geográfico como «la base del patriotismo». Parece ser una de nuestras tradiciones: en el siglo XVIII Viera y Clavijo advertía ya de

«cuántos nacen, viven y mueren en un territorio como el nuestro, sin conocer lo que ven, sin saber lo que pisan, sin detenerse en lo que encuentran».

Gómez Mendoza y Ortega Cantero han mostrado hasta qué punto se sentía vinculado, desde fines del XIX, el «problema nacional» al «problema geográfico», con una clara imbricación material y moral de Geografía y regeneracionismo, explícita desde 1895, por ejemplo en Macías Picavea («la geografía, escribe Picavea, es... la ciencia primera nacional») y en Torres Campos. Entre las dos afirmaciones de Azorín se debate, pues, la Geografía española de principios de siglo.

Los trabajos de G. Mendoza y Ortega Cantero permiten ver, además, cómo de la conciencia que dicta estas declaraciones nacerá también, en la etapa que va de 1875 a 1936, una época de minoritaria pero atenta recepción e incorporación en España de la Geografía moderna que crece entonces en Europa y América, que permitirá incluso un primer cultivo de ese conocimiento. Pero tal cultivo no se consiguió sin dificultad y, al principio especialmente, sus logros fueron precarios.

En las investigaciones realizadas por M. Mollá sobre la geografía española de estos momentos se encuentran recogidas citas elocuentes, como la de un autor del momento que afirmaba que en España la Geografía era una asignatura, pero no una ciencia o una afirmación tajante de Reparaz asegurando que «perdimos las colonias por no saber Geografía».

Esta incapacidad colonial por ignorancia geográfica reaparece en más ocasiones, como, por ejemplo, en Bartolomé y Mas, igualmente citado por Mollá, cuando escribe críticamente en 1914 sobre

«naciones que, por saber Geografía, han convertido a los españoles en guardianes de haciendas ajenas».

También en 1914 Ortega muestra a sus lectores el contraste del título de un trabajo geográfico sobre «el fin de los descubrimientos», propio, como hemos visto, de esas fechas, con una frase incluida en el mismo sobre el desconocimiento que en España se tenía aún sobre algo tan próximo como el Rif: «a la vera de España», dice, «a dos dedos de España»:

«no hemos tenido la curiosidad de conquistar para Europa el conocimiento geográfico de esto que está junto a España»¹.

¹ Julio Caro escribe, refiriéndose a su tío (Pío Baroja): «Es curioso observar, por otro lado, el poquísimos interés que despertaba África entre los intelectuales de su época, pues salvo él y Galdós, creo que ninguno tuvo tentación de atravesar el Estrecho y meterse, en unas horas y por muy pocas pesetas, en un ámbito tan distante y tan cercano a la par. Y, sin embargo, nuestras últimas em-

El panorama en este aspecto es, como el general de esta bien denominada «época de incorporación», claro-oscuro, pues también es cierto que en 1905 se creó la Comisión de Estudios del Noroeste de África, en la Sociedad de Historia Natural (no estrictamente geográfica) y ello motivó la existencia de expediciones científicas a África en 1906, 1907, 1908, 1913 (con Dantín como geógrafo), 1934, etc, lo que no deja de ser meritorio. En el mismo sentido de incorporación indispensable cabe hablar de los comienzos o avances reales de la meteorología, la edafología, la biogeografía, la geomorfología, entre otras cuestiones, pero sus frutos lógicamente no pueden esperarse hasta más tarde².

La situación que presenta la escuela española de Geografía hacia 1900, según la ponderada caracterización que de ella hace Mollá, es la de un vacío en la disciplina, una actitud colonial y un marcado peso tanto de la Geografía extranjera como de las ciencias naturales españolas. Las tendencias conceptuales se dividen: por un lado, aparece el determinismo cientifista de Beltrán y Rózpide, que busca en 1903 el establecimiento de leyes en «la influencia que las condiciones geográficas ejercen en los fenómenos económicos y en la constitución social y política de los pueblos», en «la relación entre la idea artística y religiosa de un pueblo y el medio natural». Por otro, está su atenuamiento economicista y social en Bartolomé y Mas e, incluso, el humanismo o antropocentrismo de Torres Campos, que entiende ya en 1896 que «la Tierra es el dominio del hombre» y que la Geografía tiene por objeto enseñar a éste tal dominio propio.

Es resaltable también, en relación con Torres, la inserción de la Geografía en la educación como algo más que instrucción —dentro de una excelente corriente pedagógica y geográfica europea— y, con ella, el acercamiento directo al paisaje como forma de aprendizaje y como beneficio moral. Ambos criterios estuvieron, por ello, explícitamente ejercidos en la Institución Libre de Enseñanza, lo que supuso, aunque localizadamente, una afirmación geográfica contrastable con el entorno general denunciado por Azorín.

presas africanas no fueron iniciadas por las clases conservadoras ni por el elemento militar, contra lo que pudiera creerse. Fueron hombres como don Francisco Coello, Joaquín Costa, Azcárate, etc., los que insistieron en que había que tender la influencia española por África y uno de los primeros que sentaron las bases de la soberanía de nuestro país sobre una zona del Sahara fue el naturalista Quiroga, que pertenecía al grupo de la Institución Libre de Enseñanza». Caro Baroja, J.: *Los Baroja*. Madrid, Taurus, 1978, pág. 490.

² Para más detalles ver Martínez de Pisón, E.: «La primera Geomorfología española», en la reciente publicación de Gómez Mendoza et al.: *Geógrafos y naturalistas...* (1995), págs. 81-106.

En 1912 y 1915 Dantín, con espíritu de científico y cierta soledad profesional como geógrafo (acaso Huguet y pocos más), produce un nuevo cambio: califica de anticuada buena parte de la Geografía española al uso y propone una puesta al día de la disciplina, para hacerla acorde con la geografía internacional. Lo geográfico quedaría establecido como un sistema de relaciones del relieve y demás componentes naturales hasta el hombre («realidades complejas»), aunque no con una causalidad meramente lineal. El concepto clave se establece en razón de una manifestación geográfica fundamental, la «región natural», cuyo elemento primordial es el relieve³.

Por un lado, este esquema, que es la base de su regionalización de España (que tuvo una apreciable repercusión, sin olvidar el comarcalismo catalán de los años 1930 y 31, con las consideraciones más sociales de Pau Vila), también remite al problema de la influencia del medio, que llevará en los años veinte a una propuesta de corrección de la denominación «región *natural*», de peso físico, al menos formal, por la más amplia e indefinida de «región geográfica». Las observaciones críticas de Ortega de 1922 en «El Sol» a las regiones de Dantín residen también en este énfasis puesto en lo físico como explicación de lo humano, ya que no sólo influye la naturaleza en el paisaje y en la historia, sino, sobre todo, la cultura: el hombre no está determinado, sujeto por el medio. En realidad se están planteando a la vez dos cuestiones distintas, la primera, la búsqueda de cientifidad mediante leyes geográficas y, la segunda, la oposición entre sujeción y libertad.

A estos datos hay, finalmente, que sumar otro, significativo en lo que aquí tratamos, derivado de esa puesta al día que quiere llevar a cabo Dantín y en el que interviene el ámbito intelectual de Ortega: la publicación en 1923 en la *Revista de Occidente* de un artículo de Dantín sobre las teorías de Wegener y en 1924 de la traducción del libro de este último en la misma editorial, prologada por el geógrafo español, con lo que se incorporaban a nuestra ciencia las hipótesis y tesis de la deriva continental, que han venido a constituir la más importante aportación geológica del siglo XX.

Tratar lo que significa la aportación de Manuel de Terán a la Geografía española, principalmente desde los años cuarenta, excede al cuadro que aquí queremos sólo

bosquejar. Pero no podemos terminar tal esbozo sin mencionarlo, ya que con su obra comienza un nuevo ciclo intelectual de nuestra Geografía, que aún prosigue con un carácter definido, y además porque su vinculación intelectual con el pensamiento de Ortega fue clara. Pero la obra de éste en buena medida estaba ya hecha entonces y, por lo tanto, su referencia quedaba vinculada al cuadro que hemos trazado. Los cambios posteriores, desde Terán, de la Geografía española han sido tan notables, que es evidente que los caracteres de la etapa trazada corresponden a los de una raíz, cuyo tronco y ramas ahora visibles pueden presentar muy diferentes aspectos.

III

LA APARICIÓN DE LO GEOGRÁFICO EN ORTEGA

1. VOCACIÓN

Antes he dicho que los temas geográficos aparecen en la obra de Ortega con frecuencia, de forma múltiple, variada y muchas veces inesperada: es un ámbito y también un soporte de su pensamiento, aunque en ocasiones lo geográfico se presente igualmente como una derivación. Vamos a entrar progresivamente en ello.

Inicialmente llama la atención su interés por los libros de viajes entre otras lecturas geográficas más o menos habituales («en una ocasión leía yo un artículo de un geógrafo...», escribe, por ejemplo, en 1914). Ahí están, con mayor alusión, sus comentarios a los «Viajes por los valles de la Quina», a las exploraciones árticas de Stegansson o a una expedición a las Islas Galápagos.

Es, pues, parte de un interés abierto, disponible, atento a muchas llamadas. En relación con las procedentes de este campo, incluso las que conciernen al vuelo de las aves anilladas, escribe:

«Desde la adolescencia he compensado mi propensión sedentaria, siendo empedernido lector de libros de viajes».

Espíritu también de ciertos geógrafos de entonces, a los que Febvre definía como sabios sedentarios, grandes viajeros alrededor de sus bibliotecas.

Pero en Ortega la lectura del viaje es no sólo una obtención de información sino participar en el placer que lo motiva. Al comentar los trabajos en las Galápagos los sitúa donde deben estar, entre la «obligación» y el «entusiasmo». Ortega prefiere este último: «siempre es más fecunda una ilusión que un deber», la obligación sólo

³ Ver también el nuevo trabajo de Ortega Cantero, N.: «La Geografía en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1936)», en Gómez Mendoza et al. (1995).



FIG. 2. Ortega y Gasset (en el centro) en Los Picos de Europa en 1913. De *Imágenes de una vida*.

hace falta «para llenar los huecos de la ilusión». Partimos, pues, de la vocación geográfica.

2. IMÁGENES GEOGRÁFICAS

Otras muestras, aún menores, de este gusto son las frecuentes imágenes geográficas que usa al referirse a otros asuntos y que, por ello, pueden encontrarse tras cualquier esquina de sus escritos. En un caso puede ser que la razón pura quede definida como «una breve isla flotando sobre el mar de la vitalidad primaria»; en otro, que un curso de filosofía se asemeje al

«curso fluvial del Guadiana —comenzó a brotar en un lugar, luego desapareció y, por fin, volvió a alumbrar aquí».

Incluso aparecen esas muestras como humor geográfico, como cuando comenta en 1924 los estudios africanos de Frobenius y escribe:

«África ha sido siempre tierra de leones. El clásico entre los historiadores europeos de África se llamó León Africano, y hoy es León Frobenius el mayor doctor en africanidades».

Pero es más resaltable el habitual uso que Ortega hace del término «paisaje», no sólo en su sentido estético, sino en el geográfico, y el uso del propio paisaje como evocación y como fuente de reflexión. No hay que olvidar que desde 1913 Max. Sorre había sostenido en Fran-

cia que la Geografía era la «ciencia del paisaje», entendiéndolo éste también como «paisaje humano» o «cultural», pero con un claro contenido ecológico. En 1919 Passarge se refería ya al «Kulturlandschaft». En 1925 Sauer publicaba en California *The Morphology of Landscape*. En España, por ejemplo, Giner había publicado en 1885 un artículo titulado «Paisaje», con referencias culturales amplias, y Hernández-Pacheco escribió también en 1924, en relación con sus ideas geográficas, sobre el «paisaje geológico», con un sentido sintético y fisiográfico.

3. EL CONFINAMIENTO EN LA TIERRA

Es habitual en estas muestras la proyección de luz inteligente, de reflexión sobre un asunto que pertenece a la Geografía. Por ejemplo, en 1940, al hablar sobre la «Terra Incognita», despejada tras el descubrimiento y exploración de América, se refiere al paso de un tiempo en el que «la Tierra era una realidad en que predominaba lo desconocido», con la consiguiente infinitud cualitativa, con la posibilidad de lo inverosímil y lo portentoso, en la que la sorpresa era una «necesidad», a otro tiempo, de entonces a hoy, en el que

«apenas ha habido jornada en que algún trozo del planeta no haya pasado de desconocido a conocido... reduciendo... esa potencia de infinitud».

Con ello, por un lado, la Tierra no es ya a fines del XIX sólo conocida, sino «asequible» y, por otro, nosotros estamos confinados en su esfera: «La Tierra —escribe— es habas contadas». La visión

«ya lograda anula toda fuerte probabilidad de que se descubra ni un paisaje, ni una planta, ni un animal, ni un hombre cuya condición no quede inscrita en el círculo de las dimensiones conocidas, por tanto, de lo ordinario».

4. LA NATURALEZA

Otra expresiva muestra de reflexión de raíz, motivo o asunto geográfico es la que se encuentra en su escrito de 1914 sobre «El bosque», que es, como ha señalado Marías en la edición que hizo del libro *Notas*, quizá una de las más hondas de Ortega. El bosque es más lo latente que lo patente, lo profundo que lo superficial, lo invisible que lo visible, el dentro que el fuera. Tal diferencia entre el mundo patente, el de las puras impresiones, y el «trasmundo» latente, que exige más para ser percibido, encierra una lección que puede llevarse por varios caminos, incluso muy lejos respecto a la relación

con la realidad y su conocimiento —una teoría en la que yo hago al bosque al percibirlo e interpretarlo como tal—, pero también podemos referirlo a la clásica distinción geográfica de Ritter, más inmediata, entre el paisaje visible y el sistema invisible que lo produce, es decir, en una derivación propia no desde sino hacia la misma arboleda y con una relación conceptual con cuestiones más amplias. La sugerencia del bosque, la enseñanza del bosque (el paisaje es pedagogo, escribe Ortega en otra ocasión), aunque no dice la verdad, sólo la señala, también contiene la vía de explicación del mismo bosque.

En suma, la realidad tiene más de un plano y los más profundos y más difíciles son los más sugestivos.

«Hay sobre un pasivo ver, dice Ortega, un ver activo, que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que es mirar».

Evidentemente, son las ideas, pero también es el retrato de la Geografía interesante. El método, pues, es «el escorzo», la profundidad visual.

Además, el bosque, tal como luego comentaremos al leer las reflexiones de Ortega sobre Hegel y Spengler, la naturaleza, es afín a la Prehistoria, no a la Historia. Gaston Bachelard en 1957 escribía, sin contradecir estos aspectos del pensamiento de Ortega:

«En el vasto mundo del no-yo, el no-yo de los campos no es el mismo no-yo de los bosques. El bosque es un antes-yo, un antes-nosotros».

Volveremos sobre estas cuestiones.

Es un tema, pues, abundante en Ortega la consideración de la Naturaleza. Por ejemplo, se pregunta:

«¿Qué es esta piedra venerable del Guadarrama? Para la ciencia esta piedra es un caso particular de una ley general».

Y añade:

«una piedra al borde de un camino necesita para existir el resto del Universo». «Cada cosa una encrucijada».

Cada hecho natural revela un conjunto de mutuas influencias, de relaciones. Por ello, «en el nacimiento de una brizna de hierba colabora todo el universo». Pero, además de la abstracción, de la generalidad, Ortega intuye que también hay individualidad, especialmente geográfica, del lugar concreto, con la realidad patente y apasionante de lo idiográfico, a la que, sin embargo, cierto cientifismo se ciega voluntariamente:

«la piedra del Guadarrama es distinta a otra piedra químicamente idéntica que yaciera sobre los Alpes».

Lo estrictamente propio de la Geografía, a la que significativamente se llamó en esos momentos «ciencia

de los lugares», es, justamente, la atractiva combinación de generalidad e individualidad de los hechos territoriales.

Sin embargo, cuando Ortega escribe también que las piedras del Guadarrama sólo adquieren particularidad en los cuadros de Velázquez parece optar, en este caso, por la mera generalidad de lo natural y lo científico. Claro está que esto también es aclaratorio, pues depende de qué ciencia o qué saber trate esa realidad natural: ello nos obliga a insistir en que, a diferencia de otros sistemas científicos de conocimiento o de otros aspectos en que se presenta la realidad natural, la particularidad es propiamente geográfica y, por lo tanto, constituye uno de sus hechos principales. Por ello la personalidad del conocimiento geográfico está presidida tanto por el objeto concreto como por las posibles leyes que definen sus repartos, formas, funciones o cambios.

Piensa Ortega también que la naturaleza es «el reino de lo permanente». Lo parece, en efecto, pero el hecho no es tan radical. Hoy hemos perdido esa seguridad. En realidad se trata de otras escalas de ritmos de cambio. En un escrito diferente, sin embargo, sí aprecia ese carácter, cuando afirma que «para entender bien una cosa es preciso ponerse a su compás».

Además, en la naturaleza no sólo hay el lento compás de la piedra o el del árbol, sino otros más rápidos, como el del animal, que, además, es compañía. Estamos bien en el paisaje, decía Nietzsche, porque no opina de nosotros. Pero Ortega añade:

«si el paisaje dentro del cual se halla el cazador solitario se compusiese sólo de minerales y plantas, su soledad sería absoluta, porque la soledad no es sino lo contrario de la compañía y para que haya compañía es menester que en nuestros actos contemos con otro ser capaz de respondernos, es decir, capaz de contar él también con nosotros. En el trato con la piedra y el vegetal éstos existen para nosotros, pero nosotros no existimos para ellos; por eso, con el mineral y la planta no se convive».

Baudelaire escribía:

«La Nature est un temple où de vivants piliers laissent parfois sortir de confuses paroles».

5. EL LOGOS DEL MANZANARES Y LA CIRCUNSTANCIA GEOGRÁFICA

En las *Meditaciones del Quijote* se refiere Ortega a una actitud ante el mundo, que podría aplicarse a la Geografía vocacional, a la que se hace más movida por el entusiasmo que por la obligación, a la que no se sirve de las cosas: «buscar el sentido de lo que nos rodea». En

este talante reside el mejor modo de acercamiento a los hechos y su mejor aprovechamiento intelectual:

«Para Moisés... toda roca es hontanar». «Es menester que todo hombre, si golpea con vigor la tierra donde pisan sus plantas, espere que salte una fuente».

Y, como ejemplos vivaces, propone a Rousseau herborizando hasta en la jaula de su canario y a Goethe, que escribe de sí mismo:

«Heme aquí subiendo y bajando cerros y buscando lo divino *in herbis et lapidibus*».

Este perfil del geógrafo entusiasta es también el del que encuentra el mundo a través de lo inmediato, lo general a través de lo particular, el sistema a través del paisaje que aquél genera y vuelve luego del mundo a lo inmediato.

«Mi salida natural hacia el mundo —dice Ortega— se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola... Preparados los ojos en el mapamundi, conviene que los volvamos al Guadarrama».

En suma, hay pues «también, un *logos* del Manzanares». Y en este sentido del contorno y en la misma página en que lo anterior está escrito Ortega añade su más célebre frase, que, sin perturbar su significado de mayor alcance, adquiere aquí también un expreso, aunque parcial, contenido geográfico: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Si acotamos la mayor amplitud del sentido de la frase sólo a lo geográfico, que es de lo que aquí tratamos, contiene una idea plenamente aplicable, con numerosas ramificaciones respecto a la relación e implicación entre el entorno y el yo —algunas las veremos después— y un posible entendimiento territorial y hasta ecologista, que manifiesta no sólo una realidad sino una posición moral respecto a ella.

6. CIENCIA Y GEOGRAFÍA

Otras consideraciones generales de Ortega pueden servir para caracterizar algunos de los aspectos de la Geografía como ciencia, aunque no exclusivamente. Son más bien ideas que llevan a una reflexión propia, pero ésta puede ser expresiva, al menos para los practicantes de dicha materia.

Así ocurre, por ejemplo, cuando hace una valoración general de la ciencia española en 1908, francamente implacable, en la que habría que incluir, entre las demás, la investigación geográfica: «Si creemos que Europa es 'ciencia', habremos de simbolizar a España en la 'inconsciencia'», que puede dejar a un pueblo «en uno de los barrios bajos del mundo».

De modo similar, cuando considera el modo de plantear el quehacer científico podríamos hacer una aplicación específica a sectores conocidos de la Geografía reciente, como en el caso del papel de los datos y su interpretación en un estudio científico.

«El conocimiento —piensa Ortega— no consiste en poner al hombre frente a la pululación innumerable de los hechos brutos... Los hechos... no son la realidad». «La ciencia es... interpretación de los hechos». «La realidad no es dato, algo dado, sino que es construcción que el hombre hace»

y es ejemplo de ello la misma actitud de Galileo, que no es un mero «espectador» de los hechos. Todos conocemos, no obstante, la frecuencia de lo contrario: la entrega temerosa y mecánica de numerosos trabajos geográficos a sólo los estrictos datos —expresivos o no— por sí mismos y en sucesión ordenada, con una carencia interpretativa explícita, refugiados ambos en una apelación al rigor, que es en principio plausible, y a una prudencia, que no es realmente tal. ¿El autor intérprete o lector no existirá, sustituido por el analista?

Es posible que haya que aplicar a la Geografía lo que Herman Hesse expresó del siguiente modo:

«La realidad es un rayo que se halla prisionero en cada piedra. Si no lo despiertas, la piedra se queda en piedra, la ciudad es ciudad, la belleza bella, el tedio tedioso, y todo duerme el sueño de las cosas, hasta que tú... lo inundas con la tormenta de la 'realidad'».

Por otra parte, la Geografía también padece intermitentemente la tentación generalizada de las ciencias de encaminarse hacia el mundo propio de la física. Ortega califica esta tentación de desviadora porque, primero, no son lo mismo «veracidad» y «logicidad» y, segundo, porque el uso de la matemática puede ser impropio para alcanzar determinados saberes. Recoge incluso Ortega de la *Crítica de la Razón pura* un comentario sobre lo inadecuado que es

«a la naturaleza de la filosofía... pavonearse con dogmático andar y adornarse con los títulos y bandas de la matemática, orden a la cual no pertenece»,

que parece aplicable a más amplias ramas del saber.

Como consecuencia del desplazamiento hacia lo que no es, algún conocimiento recientemente, indica Ortega,

«ha cometido el pecado de toda esa época: no aceptar su destino, bizquear, querer ser lo otro —en este caso querer ser ciencia pura»,

pues

«lo más característico del siglo pasado fue que en él cada cual vivía empeñado en ser otro del que era». «Y así, cada ciencia, o para dominar o para envidiar, andaba fuera de sí, preocupada de

las otras. La filosofía sentía desdoro por no ser física, y lo mismo la biología. La matemática se avergonzaba de no ser lógica...»

¿Qué habría que añadir de la Geografía?

Sin duda, estos desplazamientos crean un problema de identidad de cada ciencia, pero, además, pueden desencuadrar el sentido mismo del conocimiento. Igual que Ortega afirma que «la filosofía no es una ciencia, porque es mucho más», el intento de estricta homologación de la Geografía con una ciencia puede ser también una reducción. Algunos pensamos, efectivamente, que la Geografía es un saber, no necesariamente enclaustrable en los límites de una ciencia: aunque contiene objetos, métodos, procedimientos, normas, no se agota en ellos. El conocimiento del territorio no debe ser, con más razón, sólo una moda o una actividad rentable, pero tampoco exclusivamente una política o una técnica: es, fundamentalmente, sabiduría. Por eso requiere algo más que autores neutros, por eso me parece vivificante la cita anterior de Hesse.

IV

LA CAUSALIDAD EN GEOGRAFÍA

De modo mucho más clave y directo para la Geografía misma, y también en la obra de Ortega, en ésta aparece repetidas veces el tema de la causalidad geográfica y, a través de las tesis deterministas y ambientalistas, también histórica. Por un lado, esta cuestión tiene caracteres teóricos amplios y, por otro, arraiga en un debate propio de la cultura española, mucho más concreto y no explícito en Ortega, pero que conviene mencionar.

I. «LA DESGRACIA DE ESPAÑA»

Ese marco de debate español, que a veces alcanza la desmesura, ha sido reflejado en trabajos de Gómez Mendoza y de Ortega Cantero, que recogen algunas citas expresivas sobre los «males geográficos» de la patria. Así Costa escribe en 1880:

«nuestro clima es de los peores; nuestro suelo de los menos fértiles... la planicie central y acaso la mitad de España es una de las más secas del globo, después de los desiertos de África y Asia».

Y, en 1900, insiste: «La desgracia de España»: la falta de una «guerra interior contra la sequía».

En los geógrafos también reaparecen las mismas sombras. En 1895 Torres Campos señala las grandes desgracias de España, «hijas todas principalmente de la inconstancia de las lluvias». En 1906 Reparaz insiste en

que por «la aridez del clima y la estructura del suelo somos la antesala de África».

Pero, como es sabido, quizá nadie como Lucas Mallada, en 1890, expresó *Los males de la Patria*. «Nuestro clima —escribe— es la primera causa de la pobreza de nuestro suelo».

Pobreza que incluso calcula en su extensión superficial, llegando a las siguientes cifras:

Rocas desnudas:	10%
Terreno muy poco productivo:	35%
Terreno medianamente productivo:	45%
Terrenos que nos hacen suponer que hemos nacido en un país privilegiado:	10%

Sin embargo, pese a esta imagen, tampoco acepta Mallada la utilización del clima como excusa. Por esta razón, añade:

«Y para acallar nuestra conciencia y para no acongojar nuestro corazón a la vista de tantas privaciones, se llama sobriedad a la miseria, y efectos del clima a la flojedad de estómago; se dice que es un sol abrasador la causa de tantos semblantes enjutos y de una desnudez harapienta, y no se quiere ver en una alimentación insuficiente el motivo de tantas caras famélicas».

Las causas no son, pues, sólo físicas, sino también humanas:

«deber nuestro es el examinar fríamente si puede haber algo cierto en que el mal estado de un país dependa en gran parte de sus propios moradores».

Incluso Azorín, en 1904, en un artículo de título simbólico, «Los árboles y el agua», insiste en el debate:

«¿De qué modo es posible vivir en estas ciudades muertas, tétricas, y en estos campos sedientos, exhaustos? ¿Qué iniciativas, qué energías, qué audacia, qué impulsos generosos y grandes pueden sugerir al espíritu estos horizontes ilimitados, desesperadores, de las tierras peladas, rasas y polvorientas?»

La imagen de la tierra pobre está tanto en la meseta literaria como en la geográfica a lo largo de una tradición que ya aparece en Jovellanos, cuando escribe en sus *Diarios*: «Castilla, este país árido, desapacible, falto de leña, de frutos agradables, de población». En 1904 el geógrafo francés Brunhes diferenció incluso la «Iberia seca» de la «húmeda», distinción que se hizo famosa y que adoptaron pronto sus colegas españoles.

Aquí arraiga también expresivamente la polémica de las «estepas» españolas y su afán por volverlas productivas, ya fueran espontáneas o subseriales (procedentes de una pérdida del encinar originario), aunque esto también fuera indicador de una negativa acción secular del hombre. En 1905 se creó la «Comisión real» para su estudio, en 1915 apareció el libro de Reyes Prosper con el resul-

tado de sus investigaciones y el tema siguió activo al menos hasta 1925. Reyes Prosper escribía:

«Es un caso de punible y vergonzosa apatía nacional que existan enormes extensiones que, pudiéndose cubrir de árboles, estén desnudas; que siendo cultivables estén yermas». «No se puede engañar hoy a las gentes diciendo que en esas extensiones no se cultiva por falta de aguas, clima desigual, etc.; talando los bosques, dejando perder las aguas de las lluvias... se logran pronto la sequedad y desigualdad del clima».

Es decir, lo que hoy se llama desertificación se consigue por la desidia; corregida ésta se alcanza la redención. Es mayor, pues, en ello el efecto del hombre que el del clima; no sólo la naturaleza influye en el paisaje, sino ese hombre capaz de cambiar aquélla.

Este marco nos indica con claridad que detrás de Ortega, de modo bien vivo e inmediato, está en marcha todo el trasfondo de la «Política hidráulica». Inevitablemente tenía que ser consciente de ella. Por eso, algunas de sus frases, que comentaremos enseguida, tienen más significados si las referimos, aunque sea indirectamente, a este contexto de geografía activa y política, además de a las tesis más académicas de la «región natural», antes señaladas.

2. LAS INFLUENCIAS GEOGRÁFICAS

Si éste era el cuadro en España, la referencia internacional teórica, en los campos de la Geografía y de la Historia, respecto a las influencias recíprocas hombre-naturaleza estaba en su apogeo.

Algunas de esas referencias salen directamente en los escritos de Ortega. Pero hay una que no aparece y que es, sin embargo, clave. Por ello conviene destacarla. Se trata del libro de Lucien Febvre *La Terre et l'évolution humaine*, publicado en 1922, incluido en la colección «L'Évolution de l'Humanité». Es un libro largo, denso, prolijo y metódico. Se dijo de él, de modo hiperbólico, que no era «un libro de Historia, sino un acontecimiento histórico». El acontecimiento es, más bien, el objeto del libro que la obra misma: el centro metodológico de las relaciones entre Geografía e Historia.

En este libro se abordan directamente cuestiones como «los problemas de las influencias geográficas» o, en largos capítulos, la relación entre las fuerzas del suelo, el clima y la vida, la «determinación de los cuadros naturales», «el hombre en la naturaleza». Así, se repasan estas ideas desde Hipócrates, pasando por Bodino, Montesquieu, Taine... (es decir, el peso del medio: el complejo «milieu» que puede ir del clima al gobierno, que

puede abarcar la «atmósfera» material, moral e intelectual), hasta miss Semple (*Influence of geographic environment*, 1911), a la que se pudo calificar de haber utilizado un «cándido determinismo», en concreto para explicar la historia de España como ejemplo dependiente del medio (situación= invasión musulmana; supuesto desierto interior= resistencia cristiana; mares= expansión colonial y enfrentamiento con las otras potencias marítimas).

El tema es, pues, viejo y largo. En la Geografía moderna aparece ya formulado en 1852 en Ritter, que proponía el contenido de su Geografía Comparada como una «Geografía en sus relaciones con la Naturaleza y la Historia de la Humanidad». Y es visible que no en todos los casos las actitudes fueron de una linealidad simple. El naturalista Buffon, por ejemplo, señalaba ya que «la cara entera de la Tierra lleva hoy la huella del poder del hombre».

Febvre hace, no obstante, una antítesis excesiva entre la Geografía humana «sin dogmatismos», nacida de un historiador (Vidal de la Blache, desde 1872), y la Antropogeografía alemana, obra de un naturalista (Ratzel, 1882-1891). Utiliza para ello una frase realmente fuerte de este último:

«el suelo... sirve como soporte rígido y regula los destinos de los pueblos con una brutalidad ciega».

Sin embargo, como ya hizo notar Terán con ponderación inteligente, hay más matices: incluso Ratzel calificó de «oscuro y extremado» el determinismo estricto y entre aquellos geógrafos franceses hay más de una frase que no es netamente humanista.

Febvre plantea, así, una disyuntiva entre dos posiciones. Por un lado, la aplicación de las tesis según las cuales los pueblos se emplazan entre dos potencias, el medio y la raza, y, aunque sujetos a las condiciones naturales, poseen iniciativa, capacidad de «reacción», de respuesta. Por otro, una actitud prudente, «sin espíritu profético», con un proyecto científico: realizar monografías metódicas, precisas, para alcanzar un nivel mejor de conocimiento, porque —escribe—:

«en realidad, no sabemos aún nada más que menudos detalles sobre el papel del medio geográfico en las sociedades humanas»,

debido a que la Geografía está todavía naciendo y, por ello, es demasiado temprano para edificar teorías.

El determinismo aparece, pues, como una simplificación geográfica, a la que cabe oponer, como otra opción metodológica, la propuesta vidaliana de la explicación del paisaje a través de la noción de «género de vida».

Es ésta una noción posibilista que tuvo una vigorosa implantación, introducida entre 1902 y 1911, según la cual el hombre escoge en un sustrato de posibilidades, según tal «género» o nivel y tipo de cultura, o combinación de técnicas, de las agrícolas a las espirituales, por las que los grupos humanos sostienen su existencia en un ambiente geográfico. De esta manera, cada paisaje humano es expresión de un género de vida. Así también la misma organización de la sociedad es una de esas «técnicas», por lo que es básico lo que se puede llamar el «medio social» y su repertorio cultural. Es decir, la civilización es un agente geográfico primordial. De ahí que se pueda hablar de «región humana» en los espacios donde reinan los «paisajes humanos».

En España, Manuel de Terán introdujo y razonó estos conceptos, reflejó esta historia inteligentemente en 1957. Este trabajo suyo es, pues, postorteguiano y constituye el capítulo final de esta cuestión y el inicial de una geografía española con sus referencias bien establecidas: puso al día el problema metodológico para un quehacer propio, en un ámbito profesional que apenas había participado intelectualmente en él (aunque sí había sido influido por él, que es cosa distinta), pues fue en realidad Ortega quien hizo de geógrafo razonante en este tema, con más complejidad teórica que las posiciones escuetas y lineales de Dantín y Hernández-Pacheco. Es decir, el trabajo de Terán cerró un tema cultural de índole geográfica que fue parcialmente nuestro casi exclusivamente a través de su participación en él no de un geógrafo sino de un filósofo: Ortega y Gasset. No es de extrañar, por tanto, que ese tema gire más alrededor de Hegel, Spengler o Toynbee que de Vidal o de Sorre. Sin embargo, también incluye a un geógrafo: Ratzel.

3. HEGEL Y LA HISTORIA

En efecto, es en el trato con asuntos de pensamiento cuando aparecen estas cuestiones geográficas en Ortega, en concreto al comentar a Hegel (1770-1831).

Ortega señala la asimilación, por un lado, de la noción de «Naturaleza» a la de «Prehistoria» (Bachelard diría que el «bosque es un antes-yo») y, por otro, de la de «Espíritu» a la de «Historia». Es decir, lo primero, en el entendimiento de la Naturaleza como sometimiento a leyes y en el de la ante-historia como prisión en la naturaleza. Y, lo segundo, en el del Espíritu como insumiso a mandatos, autónomo y libre, y en el de la Historia como «progreso de la conciencia en libertad». Recordemos que en Geografía estas cuestiones tienen eco direc-



FIG. 3. Ortega, en el centro, con Pío Baroja, a la derecha, ante el castillo de Maqueda, en 1920. De *Imágenes de una vida*.

to: la idea del componente espiritual de los pueblos aparece en Ritter en 1852, al establecer la mutua influencia o reciprocidad entre medio y hombre, procedente de Schelling y quizá también de Hegel.

La Naturaleza se caracteriza, en este esquema, por mantenimiento y repetición. La Historia, en cambio, por discurrir, de modo que en ella no hay dos días iguales. De ahí que Ortega escriba:

«la Prehistoria es Geografía»... «el absoluto pretérito que es la Prehistoria natural, la Geografía».

Es evidente que ésta es una noción muy restrictiva e incorrecta de la Geografía, reducida al paisaje, escenario o soporte natural, que olvida toda su complejidad restante: la «Geografía» sería aquí, pues, de forma evidente, equivalente al «medio», y si Ortega usa ese término es en busca de una mayor expresividad literaria, para encontrar un rango similar al de Historia o Prehistoria. Es, pues, evidente que se trata de una simplificación literaria o formal, que encierra un equívoco. Anotado éste y restaurado el verdadero contenido de la Geografía, como era mi obligación, entendemos, sin embargo, lo que Ortega quiere expresar y seguimos su discurso.

Peso, pues, por un lado, de la naturaleza; peso, por otro, del hombre. En el primero, siguiendo Ortega a Hegel, la Naturaleza aparece como «la selva preespiritual... esencialmente prehistoria, preparación o material para la historia». En el segundo, el Espíritu adscrito a un paisaje constituye la nación: «la historia con su enjambre de pueblos brota de la geografía», por lo que es esencial buscar «la relación entre un pueblo y su horizonte geográfico». Si prescindieramos aquí de la reducción del concepto con que se está usando el término Geografía, esta idea adquiriría una mayor corrección aun de contenido, pero es en relación con la idea de medio en la que Ortega formula las siguientes preguntas clave:

«¿Influye el clima en la historia, que es siempre historia espiritual? ¿El 'espíritu nacional' es producto del medio, una planta más del paisaje?»

Ortega hace contestar al mismo Hegel:

«Es opinión tan generalizada como vulgar que el peculiar espíritu nacional está en conexión con el clima de esa nación... Así, se habla... del benigno cielo jónico que ha engendrado a Homero... A pesar del clima benigno no han vuelto a surgir Homeros, especialmente bajo la dominación turca».

«Los pueblos, prosigue Ortega, ¿son hijos del territorio?: No, su peculiaridad es de orden espiritual y por ello no está originada por las peculiaridades "geográficas" —se refiere, como sabemos, a las del contorno físico—, aunque ambas tienen «correspondencia».

Este concepto posee un obvio interés geográfico. Hay unos párrafos de Geografía descriptiva, escritos por Vidal de la Blache, en que está implícito y permite mostrarlo activando el entendimiento concreto del paisaje y sus habitantes. Al hablar de Bretaña, Vidal escribe:

«Esa naturaleza en que se combinan las estepas, los bosques, los campos de cultivo, los espacios desnudos, se fija en un conjunto inseparable del que el hombre conserva siempre un recuerdo. Pastor a la vez que agricultor, el campesino bretón no tiene, respecto a esas estepas desnudas, el desdén y la aversión que experimenta nuestro agricultor por las 'malas tierras'. Forman parte de la imagen que él se hace de su país. No son los prados risueños, sino las fuentes silvestres, las rocas, los bloques aislados de las estepas lo que él busca para sus asambleas, en las que trata de fortalecerse en la conciencia de su país. Esas comarcas, donde el tiempo parece retardarse, son todavía para él una forma inconsciente de practicar los viejos cultos, de volver a los antiguos dioses».

Ésta es la «correspondencia».

Añade Ortega:

«hace años... llegué a la conclusión de que las condiciones geográficas no determinan la historia de un pueblo. En un mismo rincón del planeta han acontecido las formas más diversas de historia... de ser hombre».

Y además, los hombres pueden cambiar de territorio, los hombres emigran. Pero, el pueblo emigrante ¿por qué «se detiene de pronto»? Escribe Ortega que existe una «afinidad» entre el alma de un pueblo y el estilo de su paisaje, una relación simbólica entre nación y territorio: «los pueblos —concluye— emigran en busca de su paisaje afín». «La tierra prometida es el paisaje prometido». El paisaje, pues, también se elige.

Hegel avanza hacia lo concreto y define tres tipos de paisaje natural con efectos históricos a los que «corresponden» tres formas del Espíritu. Ortega los califica, con precisión terminológica de profesional, de «principios geomorfos»: son la meseta, el valle y la costa. Este tipo de clasificaciones fisiográficas han sido frecuentes en la Geografía tradicional, aunque han sido tratadas de diversos modos: podríamos decir que es un estilo de geógrafo clásico, que a veces ha contagiado al historiador (Febvre también escribe capítulos titulados «llanos, mesetas, montañas, islas») y, aquí, al filósofo. Para éste es característico de la meseta el nomadismo, embrión de lo espiritual, aún sin estado. Es propio del valle, en cambio, la civilización fluvial de agricultores, con convivencia y normas, pero que, limitada a su unidad diferenciada y concluso, queda recluida y sin evolución, hierática. La costa, finalmente, es el principio liberador; el mar es inquietante, «el gran educador para la libertad», sin limitación, exigente en la relación peligro-valor. Pero ¿dónde acaba la determinación? En la historia, sin duda. «La historia es el proceso del espíritu, el cual consiste en libertad»: el «progreso en la conciencia de libertad».

El Espíritu es «voluntad», aunque tropieza con las fuerzas naturales. Puede haber, incluso, medios «imposibles», pero evidentemente abundan los «posibles». En las zonas extremas puede no ser posible la historia porque el «hombre» no consigue emerger en su lucha con los elementos, «para hacer valer su libertad espiritual frente al poderío de la Naturaleza». Comenta Ortega que, para que pueda realizarse el hombre, se requieren «condiciones de paisaje que no son premiosas y le permiten recogerse en sí mismo». La civilización es, pues, la superación de lo natural por lo histórico.

Cuenta Ortega la historia de Abenjalidún, que puede, sin embargo, complicar algo el esquema de nómadas y sedentarios. En el África Menor coexistían los dos modos de vida. Los nómadas guerreros, movidos por la necesidad, se apoderaban de las ciudades, donde se civilizaban y debilitaban en la molición, quedando a merced de nuevos nómadas. Los períodos históricos se sucedían así cíclicamente, siglo tras siglo, en ritmos idénticos, al margen de nuestro sentido de evolución.

4. SPENGLER Y LA GRAN CULTURA

Este fondo reaparece en la obra de Spengler (1918-1922), significativamente citada y prologada en su edición española por Ortega.

Spengler escribe dos capítulos expresivamente titulados «Origen y paisaje» y «Ciudades y pueblos» en los que contrasta lo que denomina «la primera edad» o «cultura primitiva» con la «gran cultura». Mientras en la primera «no hay más seres animados que los hombres y las tribus y estirpes», en la segunda «la cultura misma es un ser animado». Un acontecimiento en la primera no es sino «un espectáculo de la naturaleza viviente», porque «el hombre primitivo no tiene historia más que en sentido biológico», mientras

«el hombre histórico... es el hombre que pertenece a una cultura en trance de realización y cumplimiento».

Y añade:

«La edad de piedra y el barroco son dos estadios que señalan: la primera, un período de desarrollo en la existencia de una especie, y el segundo, un período de desarrollo en la existencia de una cultura. La especie y la cultura son, empero, dos organismos que pertenecen a esferas completamente distintas». «Por eso el sino del hombre encaja o en la historia zoológica o en la historia universal».

Esta clasificación cultural se inserta en el territorio en tres paisajes fundamentales, que podemos denominar con términos geográficos usuales: 1º, paisaje natural: «el hombre primitivo es un animal errante... sin solar»; 2º, paisaje antropizado: la agricultura inicia una actividad «artificial» y el hombre arraiga también en el suelo cultivado; «el alma del hombre descubre un alma en el paisaje que le rodea»; 3º, paisaje antrópico:

«el hombre superior de la segunda era es un animal constructor de ciudades... La historia universal es la historia del hombre urbano». «El hombre se alza sobre los poderes de la naturaleza y se torna creador».

Una peculiar relación geográfica urbano-rural caracteriza, pues, esta cultura. Es el poder de la historia; si olvidamos el chirrido de la expresión «hombre superior», podemos quedarnos con la idea que aquí nos interesa, que podría formularse como antideterminismo físico.

5. RATZEL Y LA INFLUENCIA DEL MEDIO

Ortega conoció y comentó la obra determinista de Ratzel. Lo menciona en su prólogo a Spengler incluyéndolo entre los que «derivan la historia de la geografía». En 1910 comenta ya los «principios de Ratzel» en su *Antropogeografía* (1882-1891). Hay que añadir que, co-

mo en Ritter, pero con significado distinto, su subtítulo es también expresivo: «Principios de la aplicación de la Geografía a la Historia».

Esta primera mirada de Ortega es neutral y recoge la idea de que

«el influjo de la naturaleza sobre la historia da a ésta un carácter telúrico. A primera vista depende una evolución histórica únicamente del suelo en que se realiza. Si profundizamos más le hallamos raíces adheridas a las propiedades fundamentales del planeta... «Hay, amigo, que contar con el planeta... los monzones, soplando, han hecho por sí solos una décima parte de la historia».

Pero en 1924 es más crítico y preciso: al referirse a la oposición entre las ideas de Bastian y de Ratzel escribe:

«el mecanicismo halagaba a los espíritus. Un acre pesimismo soplaba en las jarcias de todas las ideologías».

Para Ratzel las formas más históricas no proceden de la originalidad humana, sino que

«son resultados automáticos del medio». «Ratzel parte... de la 'pobreza de ideas' connatural a la especie humana».

Es aun más explícita su postura en otros escritos. Así, al comentar el «milieu» de Taine:

«la idea de explicar al hombre por su milieu... que es de inspiración naturalista... trata de transportar a la historia la óptica del botánico y el zoólogo. El *milieu* representa una ley como las físicas, de la cual deriva el individuo como un caso particular de ella».

O, al referirse a nuestros condicionamientos físicos, amplía la perspectiva a la misma pretensión cientifista que, en la busca de leyes, provoca el determinismo:

«Al menos desde hace un siglo apenas hay idea más popular, más obvia, que tan comodamente se encaje en las mentes al uso como ésta de la influencia soberana del 'medio' sobre el hombre. Obstinadas varias generaciones sucesivas en hacer de la historia una física, aspiraron a buscar las causas de los hechos humanos y creyeron encontrarla fuera del hombre, en el contorno físico, en el estado geológico y el clima ambiente».

Así, concluye:

«la interpretación geográfica de la historia, según ha sido empleada, carece de valor científico».

La relación causal entre climas y formas de vida humana no es sino una de tantas ideas lanzadas desde el siglo XVIII, que ha logrado instalarse como un dogma por una comodidad intelectual que se conforma con lo esquemático,

«pero es el caso que a estas fechas no ha logrado nadie establecer ley alguna que permita derivar de un clima determinado una determinada institución política, un estilo artístico, una ideología. Se han visto florecer en un mismo clima las culturas más diferentes, y viceversa, una misma cultura atravesar climas distintos sin sufrir variaciones esenciales en su estilo».

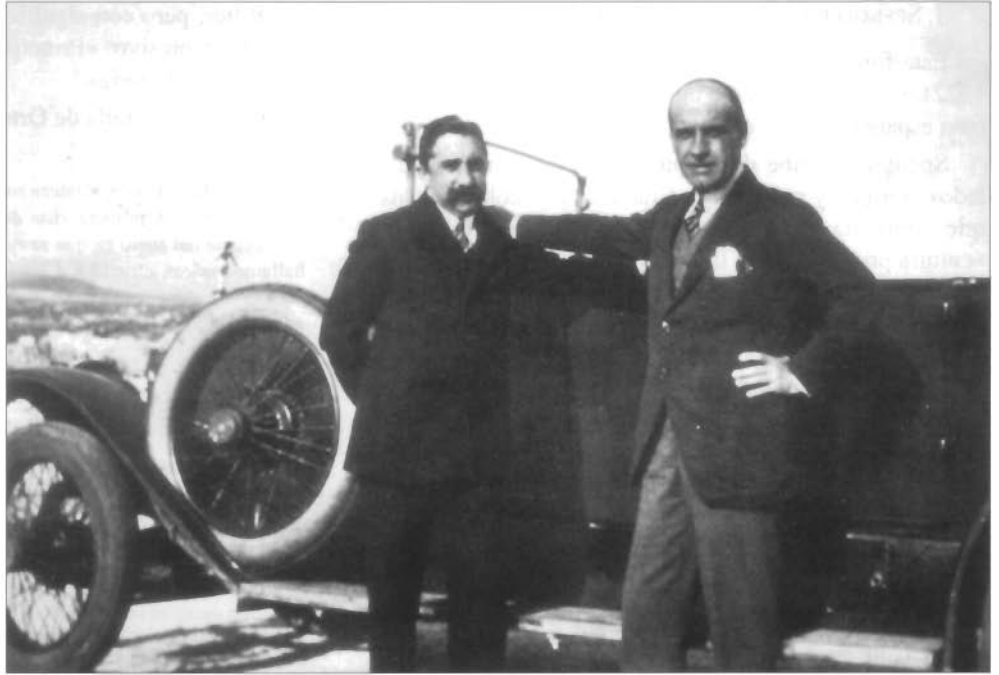


FIG. 4. Ortega y Dantín
Cereceda de viaje (1925).
De *Imágenes de una vida*.

Incluso, recuerda en este sentido a Cagliostro cuando embaucaba a las gentes exclamando «¡*Helion, Melion, Tetragrámmaton!*» y afirma a continuación con claridad:

«“Medio”, “clima”, “factor geográfico” son cosa muy parecida a ese vocabulario omnipotente del astuto napolitano».

6. PAISAJE Y LIBERTAD

De este modo, con profundidad geográfica que me parece resaltable, sobre todo en la primera frase de esta cita, explica Ortega:

«el medio, al convertirse para mí en circunstancia, se hizo paisaje. El paisaje, a diferencia del medio abstracto, es función del hombre determinado. Un mismo trozo de tierra se multiplica en tantos paisajes cuantos sean los hombres o los pueblos que por él pasan». «No es, sin más ni más, la tierra quien hace al hombre, sino el hombre quien elige su tierra, es decir, su paisaje».

Por ejemplo, se podría deducir que, si en la India el clima y el suelo facilitan la vida, son también ellos los que preforman y explican el tipo de vida budista. Pero, si esto fuera así «no se comprende —añade Ortega— por qué hoy la región budista por excelencia es el Tíbet». Al contrario, fue «el convento, haciendo de castillo lo que creó el Estado tibetano». Fue, pues, el

«budismo como necesidad humana, esto es, innecesaria, quien modifica el clima y la tierra mediante la técnica de la construcción».

Respecto a España (donde ya Giner había hablado de la humanización del paisaje en 1885) al mirar el paisaje de Castilla, en un enlace lógico con los temas tradicionales ya comentados, con el tema de las estepas y a raíz de un escrito de Dantín, Ortega también concluía:

«No, la aridez climatológica de la Península no justifica la historia de España... la fatalidad dirige, no arrastra. Tal vez no quepa expresar mejor el género de influencia que el contorno físico, el ‘medio’, tiene sobre el animal, y especialmente sobre el hombre».

Recoge entonces (1922) una idea esbozada por los viejos geógrafos (Ratzel) y la fórmula de un modo que anticipa las tesis de Toynbee (1934) de excitación y respuesta:

«Es el hombre, como todo organismo vital, un ser reactivo... El ‘medio’ no es causa de nuestros actos, sino sólo un excitante: nuestros actos... son libre respuesta, reacción autónoma».

En suma, la idea de Ortega implica la libertad y la responsabilidad del hombre, agente del paisaje:

«la única causa que actúa en la vida de un hombre, de un pueblo, de una época, es ese hombre, ese pueblo, esa época... La realidad histórica es autónoma, se causa a sí misma. En comparación con la influencia que los españoles hemos tenido sobre nosotros mismos, el influjo del clima es estrictamente desdeñable... De modo que donde mejor se nota la influencia de la tierra es en la influencia del hombre sobre la tierra... La geografía no arrastra la historia: solamente la incita... no es una fatalidad... sino un problema... El resultado de esa solución son los paisajes actuales. Es

preciso, pues, invertir los términos... Castilla es tan terriblemente árida porque es árido el hombre castellano. Nuestra raza ha aceptado la sequía ambiente por sentirla afín con la estepa interior de su alma... pocas cosas declaran más sutilmente la condición de un pueblo como el paisaje que acepta». «El campo de Castilla no es sólo árido, desértico, áspero; hay en él, además, la huella del abandono».

Sin embargo, en ello también hay grandeza. Como escribía Unamuno: «¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo!».

Los hombres han maltratado sus paisajes y, así, ponía Ortega en boca de Rodrigálvarez la mengua de éstos atribuida a aquéllos: «¡Cuidado que lo hacemos mal! Porque España, don Rubín, es un rosal». Es innegable que la voz de Ortega estuvo presente también en el debate hidráulico, con especial ponderación y contundencia.

7. EL TRIUNFO SOBRE LA LLUVIA

En 1952 Terán definía las tierras peninsulares como un

«paisaje amasado de tierra y cultura: olivo centenario, cuya raigambre se nutre de la hondura de la tierra y cuyo tronco y hojas han modelado ciclos de vientos y soles, de afares y humana sabiduría».

Es tan evidente que la huella del hombre se manifiesta no sólo negativamente sino de modo creador, que es lógico que Ortega recoja también algunos de estos otros modos. Uno de ellos es, por ejemplo, la vieja red de caminos, «el sistema venoso de la nación», que cose nuestros espacios con profundidad de significados, hasta el punto de que, sin ella, España quedaría

«hecha una masa informe, encerrada cada gleba dentro de sí... bárbara e intratable».

Otro ejemplo es extraído de lo cotidiano de la oposición del soportal a la lluvia y llevado a lo simbólico de la oposición del hombre a la intemperie mediante la construcción de la ciudad, producto de alguna «época magnífica» que contrasta con la «época pantanosa» primitiva, «torpe y oscura», de tristes divinidades y vida en los fangales:

«la ciudad es un ensayo de decisión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos».

El paisaje es, de este modo, su proceso de humanización:

«un pueblo es un estilo de vida, y como tal, consiste en cierta modulación simple y diferencial que va organizando la materia en torno».

Va intercalando entre todo lugar terrestre y él mismo «creaciones técnicas, construcciones que deforman, reforman y conforman la Tierra...» el habitar no le es dado, sino que se lo fabrica él.

Esto le diferencia de las especies zoológicas y vegetales, que cada una tiene su escenario natural. Uexküll, varias veces citado por Ortega, abogaba por el «todo funcional que constituyen cada cuerpo y su medio», el medio vital, de modo que

«no sólo el organismo se adapta al medio, sino que el medio se adapta al organismo, hasta el punto de que es una abstracción, cuando se habla de un ser vivo, atender sólo a su cuerpo».

De ello deriva Ortega a la idea de la adaptación, pero no del hombre al medio, sino del medio al hombre y a la reflexión de que, dado que la vida es diálogo con el contorno, «cada ser posee su paisaje propio, en relación con el cual se comporta», por lo que es preciso reconstruir antes ese paisaje para comprender tal ser: es lo que llama «la doctrina del paisaje vital».

Según esta idea, cada persona está referida a una parte del mundo y la zozobra producida por la posible pérdida de ese contacto, de estar «despaisados», se experimenta en nuestro interior, sentida como una «amputación en la mitad que nos queda». Vivir es también salir hacia un mundo, pero en tal salida,

«por ejemplo, a un paisaje cuando lo vemos, lo que hemos hecho es meterlo dentro de nosotros, nos lo hemos tragado».

El paisaje se va plasmando también a través de dos caracteres propios del hombre, el «ecuménico» y el «colonizador». El primero, porque el hombre «carece propiamente de habitat», sino que se lo construye, y el segundo, porque en el traslado migratorio transporta y extiende y, con ello, rejuvenece, sus viejas culturas.

En definitiva, hay un paisaje cultural, surgido de la historia, que, como ésta, tiene sus etapas y con él debe haber una Geografía cultural que lo estudie, como los profesionales de la época de Ortega manifestaron abundantemente (en 1919 en Alemania, en 1925 en Estados Unidos y, concretamente, en 1931 por Sauer en su artículo *Cultural Geography*). Ortega sigue a los etnógrafos y «los repertorios de formas culturales» como culturas íntegras y como formas de implantación. Es decir, también con sus usos, vigencias, creencias, es decir, con su estructura social. El sistema social de usos es entonces ya agente geográfico.

Un ejemplo concreto de Geografía cultural que Ortega ensaya, aparentemente por compromiso, es su prólogo de 1933 titulado «Para una ciencia del traje popular», donde destaca los caracteres arcaizantes, de fuerza so-

cial, de regionalidad, de lentitud histórica, de diferenciación entre llanuras abiertas y montañas cerradas, que revelan tales costumbres:

«de esta manera los trajes de cada región son como petrefactos signos de corrientes sociales que un día llegaron hasta allí, depositando en aluvión formas de ornato y vestidura que procedían de los centros urbanos más refinados y remotos».

Este paisaje antrópico puede hacerse, incluso, dominante en el proceso comentado: el hombre gobierna las cosas con sus ideas y el mundo se va «convirtiendo poco a poco en él mismo». El mundo puede llegar a quedar «saturado de hombre». Con optimismo escribe Ortega:

«cabe imaginar que el mundo, sin dejar de serlo, llegue a convertirse en algo así como un alma materializada, y como en *La tempestad* de Shakespeare, las ráfagas del viento soplen empujadas por Ariel, el duende de las Ideas».

Tanto es así que hasta «no es ilusorio — escribe en 1927— que, por vez primera, se crearán paisajes como se crean cuadros». Una ciudad es, de hecho, un paisaje creado, pero, en efecto, hoy los paisajistas, nuevo oficio, ya crean formas naturales a escalas detalladas, en las que, si quieren, pueden, por ejemplo, favorecer el otoño para un cliente melancólico. Y hay geómetras que conforman también imágenes de paisajes a partir de rigurosas estructuras fractales: no son aún quizá el soplo de Ariel, pero podrían ser sus adelantados.

Si retomamos la reflexión del bosque y la generalizamos, se ve que «en cada instante hay unas pocas cosas presentes y muchísimas latentes». Esto tiene en Ortega una clara aplicación geográfica al «horizonte» del mundo en que nos movemos, a la «posición», que diferencia en cada caso ese «más allá latente». Así, son distintos el «contorno», presente y patente, y el «mundo», latente. La suma de las ideas de «referencia», de «campos pragmáticos» y de espacialidad conduce a la de funcionalidad del espacio en «regiones pragmáticas». Aunque la idea orteguiana de «contorno» es más compleja (la vida es un diálogo con el contorno, lo que enlaza con la circunstancia), pues éste no se compone sólo de cosas reales, sino también ideales, el contorno, como «órgano de la excitación», donde se convive, tiene también su creación geográfica aplicable a esta descripción:

«cada ser posee su paisaje propio, en relación con el cual se comporta, como cada especie

—vuelve a Uexküll una vez más—

tiene su espacio natural hasta el punto de que para estudiarla es preciso reconstruir antes su paisaje».

Además, el confinamiento temporal en un contorno siempre crea una perspectiva dinámica «cerca-lejos»,

por lo que es propio del contorno no sólo la presencia, sino la ausencia, lo que no está, «la nostalgia». Es la geografía de las tensiones emotivas. Los centros no se distribuyen según la lógica del plano, sino según la geografía sentimental. En los años ochenta se habló de una «Geografía cordial», más allá del tratamiento objetivo: probablemente es lo que necesite el mundo.

8. TOYNBEE Y EL «CAMBIO CLIMÁTICO»

Todas estas cuestiones geográficas resurgen cuando Ortega, en los cursos de 1948-49, estudia la monumental obra de Toynbee *Estudio de la Historia*, iniciada en 1934.

Como es sabido, las tesis de Toynbee sobre «estímulo y respuesta» están relacionadas con sucesiones de períodos secos y húmedos («cambios climáticos» históricos), interpretados como motores históricos por incitación del entorno en una antítesis de éxito y fracaso, al ocasionar esfuerzos positivos ante la adversidad o, en casos de excesiva severidad, a la inversa, al actuar como frenos que pueden retardar, detener o colapsar la dinámica de la civilización. Es, pues, un renacimiento del «medio».

Ortega insiste, lógicamente, en sus ideas. La primera observación que hace se refiere a si el clima realmente cambia en los momentos históricos en la cuantía necesaria para desencadenar los efectos que se le atribuyen —tema bien actual—, pese a ser éste un tema de moda entre los historiadores.

«Desde que la especie humana existe... o más exactamente, desde el último período glacial, la tierra se ha modificado muy poco»,

escribe razonablemente Ortega.

En segundo lugar, recuerda que la idea de que el contorno físico puede engendrar civilización, pero no por ser favorable, sino por ser hostil y exigente, es una hipótesis que él mismo formuló años antes al referirse al diálogo con el entorno y a la existencia del proceso de excitación-reacción.

En tercer lugar, recuerda también que por esos caminos, aunque con otros datos y conceptos, anduvieron ya el geógrafo E. Huntington (*El pulso de Asia*, 1907 y *Civilización y clima*, 1915, esta última traducida por la Revista de Occidente en 1942) y su ambientalismo determinista. Tal ambientalismo, construido sobre la hipótesis de la existencia de pulsaciones históricas de sequía y humedad, surgió de las experiencias de este autor en el Turkestán, área particularmente afectada por cambios en

las precipitaciones, y condujo su interpretación a evidentes exageraciones, como se manifiesta en el párrafo siguiente de la segunda de sus obras citadas:

«El clima de muchos países parece ser una de las razones por las cuales la ociosidad, el fraude, la inmoralidad, la estupidez y la falta de voluntad prevalecen en ellos. Si llegamos a dominar el clima, el mundo entero será más fuerte y más noble».

Antes de dejar a Huntington en el olvido que se merece, se pregunta también Ortega, en relación con esta bipolaridad entre aridez y lluvia, por qué Toynbee

«concede a la sequía el privilegio de estimular al hombre a la civilización y no explica el origen de ninguna por el diluvio».

Ortega es nuevamente explícito:

«La civilización maya entera gira en torno a la idea del maíz; por tanto preexistía ya esa civilización... la agricultura es quien hace posible esa respuesta; es decir, no fue el origen de una civilización, sino que precedió a la civilización».

Esta civilización ya poseída fue la que permitió a los pueblos que fueron capaces de responder tener esa respuesta.

«No existe ninguna circunstancia o elemento del contorno, y menos sólo del contorno geográfico, que por sí pueda constituir dificultad para el hombre, cualquiera que ésta sea, sino que sólo se transforma en dificultad relativamente a cómo sea el hombre que con ella se encuentra».

Además, una misma causa natural puede producir efectos contrarios:

«Nada material, nada natural es dificultad ni facilidad por sí mismo en historia, sino... en función... del estado de la técnica, y la técnica, a su vez, es función de la vida».

El lugar geográfico, como espacio de una historia, no es sólo hostilidad o facilidad, sino una combinación de ambas, y ello está también en función, pues, de variables culturales, como la técnica e, incluso, como la fantasía.

Está claro, por tanto, que el cambio histórico y hasta el geográfico dependen más del cambio del hombre que del climático, se establezca éste en las lluvias o en las temperaturas o en una combinación de ambas.

«Lo que en el mundo geográfico prácticamente varía... viene del mundo social, viene de la técnica humana... el paisaje geográfico está ya, más o menos, hoy con un estilo, mañana con otro, conformado por la obra humana».

Por ello, dice Ortega, una nueva disciplina, la antropogeografía presenta un gran porvenir,

«pues en este sentido antropogeográfico todo paisaje... es lo que es según sea el tiempo a que lo refiramos, tiene una fecha, aquella en que esté la sociedad habitante en él».

El paisaje también tiene historia: es necesario, pues, escribirla.

«Es una vergüenza que no exista una historia del paisaje, que significa una de las mayores conquistas y enriquecimientos del hombre histórico».

V

EL ENSAYO GEOGRÁFICO

1. LA INTERPRETACIÓN DEL PAISAJE

Hay en Ortega un modelo de interpretación del paisaje. Es lo que Clozier, refiriéndose a Vidal, llamaba «descripción evocadora» —que siempre debería sumar el buen geógrafo a su «descripción razonada»—, que permite «hacer ver a los demás».

En el ensayo geográfico orteguiano hay testimonios de paisajes, hay lúcidas contribuciones a su interpretación y hay bellas páginas evocadoras. A veces es sólo una frase —la excursión es una caza de paisajes— o una alusión, como la adaptación del urbanismo de Toledo al relieve como «motivo inspirador», lo que otorga a cada elemento de la ciudad su individualidad y su armonía con el entorno. En otras ocasiones es la consideración del paisaje español como una enorme ruina de mar a mar, donde todo parece decir un «yo fuí» tejado, pared, torre: el cuidado que le sobra al paisaje francés es el que siempre le falta al español. Aunque no fue sólo España objeto de estos ensayos sino también algunos otros lugares lejanos, como la Pampa.

Pero son claramente más destacables sus descripciones literarias de los hechos geográficos, que constituyen algunas de las páginas de mayor calidad sobre nuestro territorio. Tengo una especial preferencia por «Nuestra Señora del Harnero», en sus *Notas del Vago Estío*, que no puedo reproducir aquí, pero sí, al menos, recordar, con los pueblos ceñidos por las eras, la aldea náufraga en un mar de espigas, el hombro negro de la nube sobre el horizonte, la tolvanera, el refajo rojo de la moza, la voz silbante de una vieja, un frescor que sabe a paja y la vuelta del paisaje a su compás. Y Barahona de las Brujas con su vecindario demente tras el enjambre escapado de su colmena.

De modo similar prenden en el lector de «Tierras de Castilla» sus reflejos de la España mísera o de lo orgánico del caserío de los pueblos ocultos en los valles o del castellanismo institucionista («Giner, para quien sólo lo inútil era necesario, solía insistir sobre la superior belle-

za del paisaje castellano») o su comparación con el paisaje de Asturias, que se ha hecho clásica, junto a la distinción de las Iberias húmeda y seca de Brunhes.

Pero el modelo cultural que otorga a un paisaje caracteres literarios añadidos, que ha llegado a hacerse texto de escuela, idea de partida, surge especialmente en su famosa «Geometría de la Meseta» y su soberbia frase «con gesto de dignidad ofendida: —¡Caballero, en Castilla no hay curvas!». El placer de leer y releer tales páginas de Ortega es tan natural que sorprende lo poco que nos hemos contagiado los geógrafos españoles de este saber comunicar. Nuestra única excusa aceptable es que escribir bien, claro está, no es cosa fácil.

2. LA PERCEPCIÓN DEL PAISAJE

En sus páginas sobre la caza habla Ortega de la distinta visión que se puede tener del mismo campo, según el punto interior desde el que se lo mire: para unos labrantío, para otros geología... para otros paisaje.

Escribía Vela en el primer número de la *Revista de Occidente* que los esquemas unilaterales empobrecen o limitan esta visión y que, por ello, la actitud más enriquecedora para la vida y más adecuada para la comprensión de lo que se observa es la que reúne todos los esquemas.

El carácter «preconcebido» de la percepción, del mirar, hace de éste una acción «funcional», un fijarse selectivamente, por lo que el paisaje es lo que existe vitalmente para el que lo mira y sus elementos se seleccionan en nosotros, se escogen y se eliminan. El lugar, además, crea distancias. Sus atributos geométricos son más que nada «sentimentales» y ello conforma un orden geográfico, sitúa centros, como antes apuntamos, fuera de los sitios objetivos del plano.

El paisaje, como ya enseñaron Ritter o Reclus y como aseguraron los institucionalistas, es educador, «pedagogo» dice Ortega. Éste es un gran tema de la época y no cabe detallarlo aquí. Nuevamente Gómez Mendoza y Ortega Cantero han señalado que la actitud regeneracionista veía dos caminos a seguir en los que era básico el conocimiento geográfico: la política hidráulica y la educación. Dentro de esta última, el paisaje posee un papel educador explícito y activo en el directo contacto con el campo y la naturaleza. Como dice Ortega Cantero, la Geografía aparece como un «instrumento» regenerador. La incorporación de la corriente europea del «viaje a la naturaleza» tuvo su versión castellana, ética y estética, en la Institución. Quizá aquí arraigue la preferen-

cia que Ortega siente por la Sierra respecto al «Alpe», aunque Terán la entendía también como una declaración de mesura⁴.

La permanencia de los montes, que parecen indicar «una voluntad suprema de perdurar», permite pensar que en su perfil «se reúnen mis miradas con las de todas las generaciones muertas de españoles» que «contemplaron esta misma visión». Una misma «geografía», una referencia común, usada, legada generación a generación, con unos provechos, unos castigos, unos deberes. «Dime el paisaje que vives y te diré quien eres». «Los paisajes —escribe Ortega— me han creado la mitad mejor de mi alma».

Hay moral en el paisaje. Ortega piensa que si hubiera habitado menos en la ciudad sería «más bueno y más profundo». Tanto es así que

«es frecuente que los grandes hombres, luego de haber atravesado ciencias y ciencias, de haber gustado artes e idearios, acaben por dedicarse a la botánica».

Los dos fines mejores de la pedagogía serían «la sinceridad y la serenidad» y ambos están en la naturaleza: «la sinceridad... une en un mismo tapiz animales, plantas y piedras» y «el paisaje solitario va destilando quietud en nuestro pecho».

Pero, por otra parte,

«los paisajes no nos enseñan naturaleza propiamente tal, pues, como digo, la naturaleza murió hace muchas centurias envenenada por un silogismo, pero nos enseñan moral e historia».

Este aspecto sustitutorio podría explicar también su desazón pirenaica en «El Alpe y la Sierra». Probablemente Ortega se pone más en contra de una corriente intelectual, el «helvetismo» romántico, que de una montaña, pero, con ello, naufraga también mucho equipaje valioso, como esa misma cordillera, su sentido cultural propio y la byroniana asimilación del paisaje a un estado de conciencia. Por encima de las cascadas que vio Ortega en el fondo del valle brumoso y umbrío de Cauterets estaba el esplendor, pero juzgó ceñudamente al Alpe entero sólo por las primeras pruebas, que tampoco merecen ser repudiadas.

Sin embargo, fue consciente de que el paisaje de montaña alpina es más que un telón o un panorama, es voluminoso e intrincado, posee un «dentro», por lo que, para conocerlo, es inevitable adentrarse y, más que verlo, vivirlo. Quedan, pues, estas páginas de oposición in-

⁴ Ver su discurso de entrada en la Real Academia Española: *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*, Madrid, 1977, 66 págs.

necesaria entre dos tipos de montaña que se compaginan sin esfuerzo, como un ensayo de percepción «sin el equipaje sentimental» necesario. Hasta su vaticinio sobre el porvenir del paisaje alpino ha fallado y resulta extraña incluso su impermeabilidad estética ante los tubos hidráulicos que afean de modo tan llamativo las laderas del Pirineo.

3. LA REGIONALIZACIÓN DE ESPAÑA

Esta cuestión constituyó una preocupación de Ortega, tanto científica como política y, por ello, se transformó en una propuesta activa, una aportación de Geografía política aplicada en un tema vivo, perturbador y quizá inconcluso.

Como cuestión científica ya hemos hecho alguna referencia anterior al peso de la ambigua región «natural» en el resultante geográfico y la división aclaratoria, pero con consecuencias separativas que pueden mutilar la realidad, que en su momento se hizo entre paisaje natural y cultural. Comentó Ortega en 1915 los trabajos de Dantín de 1913 y 1915 en este sentido y señaló su importancia: la región natural «ha llegado a ser el fenómeno matriz de la investigación geográfica».

Frente a los entes geográficos abstractos,

«la región natural afirma su calidad real de una manera muy sencilla: metiéndose por los ojos». «Sólo es región, sólo es unidad geográfica real aquella parte del planeta cuyos caracteres típicos pueden hallarse presentes en una sola visión».

Es decir, el carácter y la escala son los de la imagen: una imagen sintética, un espacio abarcable.

De hecho, pues, más que de la región está hablando de la comarca, tema que adquirió entidad en los empeños geográficos del momento, como es visible incluso en los manuales de entonces. Un ejemplo aplicado de ello es la comarcalización catalana, que se mueve entre el peso de los rasgos físicos, propio de las propuestas de Aulestia y de Font, en el XIX, a los del posibilismo de Pau Vila en 1930, que escribía que «no existe ninguna comarca inmutable», puesto que «han sido creadas por el hombre».

«Sólo bajo la especie de región influye de un modo vital la tierra sobre el hombre», concreta Ortega, en la idea de «correspondencia» que ya vimos, porque «el paisaje modela su raza de hombres gota a gota, ... costumbre a costumbre», en las regiones acogedoras y en las expulsoras, en el campo aposentado y en el campo solo.

La idea de regionalización aparece en Ortega en varias ocasiones como preocupación nacional. En 1915



FIG. 5. Ortega con Zubiri, Marías y otros en una salida al campo (MARIAS, *Memorias*, tomo 1).

señala desequilibrios de este orden entre ciudad y campo, entre unas pocas calles atestadas y leguas de campiñas, entre núcleos con códigos, parlamento, prensa y escuela y campos sin nada. «Islas de modernidad rodeadas de desierto por todas partes». «Semejante desequilibrio —concluye— es fatal», con «ausencia espiritual de esos cuatro quintos de España». A ello puede unirse la idea de invertebración y de compartimentos estancos (!921), aplicable a lo regional.

Frente a estas cuestiones Ortega tomó una actitud activa. De ella se derivará en 1927-28 la *Redención de las Provincias*. Contra la provincia «con su capitalita sórdida, lenta, ni cortijo ni corte», propone la unidad política local de la «gran comarca» o «región». Ortega hace de geógrafo activo y organiza España en 10 regiones con peso histórico y posibilidad de funcionamiento, que hoy podemos ver como un precedente autonómico (Galicia, Asturias, Castilla la Vieja, País vasconavarro, Aragón, Cataluña, Levante, Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva; quedan por colocar, pues, los archipiélagos, especialmente Canarias). Dantín en 1922 había propuesto 17 regiones naturales, juiciosas geográficamente, pero no manejables en el sentido político, y Martín Echeverría, en 1928, 9, incluyendo Portugal; sin embargo, Ortega no las recoge. La división comarcal catalana de los años treinta fue, en principio, muy variada, aunque luego se redujo. La regionalización fisiográfica de

Hernández-Pacheco de 1932 abarcó 24 unidades, que tampoco son funcionales.

Y no lo eran porque lo que pretendía Ortega era poner la «vida local en manos de sus habitantes», entregar cuidado y responsabilidad regional, pasarlos a las manos concretas de «los provinciales» en un proyecto de autonomía, salvo en lo que sea estrictamente nacional, y, en suma, echar las provincias a andar.

Propone, para ello, centrar instituciones y organización en capitales regionales, «urbes potentes y completas», en una red regular y viva: la activación del tejido geográfico español. La perspectiva de hoy permitiría reflexionar ampliamente sobre esta propuesta, que implica no sólo a la Geografía o a la cultura, sino a los ciudadanos.

VI CONSIDERACIÓN FINAL

En Ortega está, pues, explícito y abundante un modo de entender lo geográfico, con hondura y lucidez. También un modo de insertar lo geográfico en la cultura y el razonamiento, así como una percepción excep-

cional y un valor otorgado al paisaje descrito en el que cuenta su calidad literaria. Finalmente, una decisiva propuesta de aplicación de la región a la estructura política de España.

Tras él, aunque aún no se ha estudiado, es clara su influencia geográfica, en lo general, en lo teórico —ocupó un puesto vacante en el pensamiento geográfico español— y en la concepción de los paisajes concretos a través de una cultura geográfica propia. Pero también esa influencia intelectual se extiende en el tiempo por medio de sus discípulos, como en el caso de Marías, que sigue desarrollando esa línea paralela y convergente desde el oficio de pensador y, profesionalmente, en Terán, cuyos temas, citas, ideas, cultura y talante muestran ese arraigo en Ortega.

Sin embargo, a pesar de las enseñanzas de ese pensamiento, del crecimiento de nuestra Geografía en el transcurso de estos decenios de la segunda mitad de siglo, a pesar de los cambios positivos en nuestro descuidado territorio, al mirar ciertos paisajes en los que se reúnen las miradas de hoy con las de otras generaciones, cuántas veces todavía vuelve a reaparecer, justificada, la responsable frase de Rodrigálvarez: «¡Cuidado que lo hacemos mal! Porque España, don Rubín, es un rosal».

Este trabajo ha sido redactado como contribución al ciclo de conferencias *La ciencia contemporánea y el desarrollo del pensamiento de Ortega*, coordina-

do por H. Carpintero Capell, que tuvo lugar en 1995 en la Fundación Ortega y Gasset (Madrid).

B I B L I O G R A F Í A

AZORÍN: *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*. Madrid, Espasa Calpe, 1968, 152 págs.

AZORÍN: *Política y Literatura*. Madrid, Alianza, 1968, 204 págs.

BACHELARD, G.: *La poética del espacio*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 281 págs.

CASASSAS, L.: «El debate de la organización territorial en Cataluña». *Ería*, 1988, 15, págs. 15-26.

CLOZIER, R. de: *Las etapas de la Geografía*. Barcelona, Surco, 1945, 158 págs.

DANTÍN, J.: *Regiones Naturales de España*. Tomo I. Madrid, CSIC, 1942, 397 págs.

DANTÍN, J.: «La génesis de los continentes y los mares según la teoría de Wegener». *Selección y recuerdo de la Revista de Occidente*, Serie I, 1950, págs. 239-253.

FEBVRE, L.: *La Terre et l'évolution humaine*. Paris, Albin Michel, 1970, 444 págs.

GARCÍA FERNÁNDEZ, J.: *Castilla. (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Madrid, Espasa-Calpe, 1985, 312 págs.

GÓMEZ MENDOZA, J.: *Ciencia y política de los montes españoles (1848-1936)*. Madrid, ICONA, 1992, 260 págs.

GÓMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N.: «Geografía y regeneracionismo en España (1875-1936)». *Sistema*, 1987, 77, págs. 77-89.

GÓMEZ MENDOZA, J., LÓPEZ ONTIVEROS, A., MARTÍNEZ DE PISÓN, E., ORTEGA CANTERO, N. y QUIRÓS LINARES, F.: *Geógrafos y naturalistas en la España Contemporánea. Estudios de historia de la ciencia natural y geográfica*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1995, 167 págs.

HERNÁNDEZ-PACHECO, E.: *Síntesis fisiográfica y geológica de España*. Madrid, Trab. M.N.C.N., 1932, 584 págs.

HESSE, H.: *Cuentos-4*. Madrid, Alianza, 1978, 291 págs.

HUGUET DEL VILLAR, E.: *Geografía general*. Madrid, Espasa Calpe, 1928, 534 págs.

HUNTINGTON, E.: *Civilización y clima*. Madrid, Revista de Occidente, 1942, 349 págs.

MALLADA, L.: *Los males de la Patria*. Madrid, Alianza, 1969, 233 págs.

MARIÁS, J.: *Ortega. I. Circunstancia y vocación*. Madrid, Revista de Occidente, 1960, 569 págs.

MARIÁS, J.: «Introducción». En ORTEGA, J.: *Notas*, Madrid, Anaya, 1967, págs. 6-24.

MARTÍN ECHEVERRÍA, L.: *Geografía de España*. Tomo I. Barcelona, Labor, 1928, 236 págs.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: «El viaje a la naturaleza y la educación en España». *Estudios Turísticos*, 1982, 83, págs. 55-68.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: «Don Manuel de Terán, la Geografía y la Academia». *Ínsula*, 1976, 353, pág. 10.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: «La percepción del paisaje». *Homemaje a Julián Marías*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, págs. 449-466.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: «El escritor y la Geografía». *Cuenta y Razón del pensamiento actual*, 1994, 87, págs. 106-107.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: «La primera Geomorfología española». En Vv. Aa.: *Geógrafos y naturalistas en la España Contemporánea...* Madrid, Universidad Autónoma, 1995, págs. 81-106.

MOLLÁ, M.: «Juan Dantín Cereceda. 1881-1943». *Geographers Biobibliographical Studies*, vol 10, 1986, págs. 35-40.

MOLLÁ, M.: «El concepto de Geografía en la Real Sociedad Geográfica. Primer tercio del siglo XX». *Ería*, 1985, págs. 203-211.

ORTEGA CANTERO, N.: «Conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución Libre de Enseñanza». *Estudios Turísticos*. 1982, 83, págs. 69-84.

ORTEGA CANTERO, N.: «La Institución Libre de Enseñanza y el entendimiento del paisaje madrileño». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 1986, 6, págs. 81-98.

ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*. Tomos I-IX. Madrid, Revista de Occidente, 1946-1962.

ORTEGA Y GASSET, J.: *La redención de las provincias*. Madrid, Alianza, 1967, 173 págs.

RATZEL, F.: *Anthropogeographie*. 2 Vols., Stuttgart, Engelhorn, 1888 y 1891.

REYES PROSPER, E.: *Las estepas de España y su vegetación*. Madrid, Suc. Rivadeneira, 1915, 305 págs.

RITTER, C.: *Introduction a la Géographie générale comparée*. Paris, Les Belles Lettres, 1974, 255 págs.

RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A.: «Rafael Torres Campos (1853-1904). Geografía educadora y educación geográfica». *Ería*, 1988, 16, págs. 131-148.

SPENGLER, O.: *La decadencia de Occidente*. Madrid, Espasa Calpe, 2 Vols., 1958.

TERÁN, M. de: «La causalidad en Geografía humana. Determinismo, posibilismo, probabilismo». *Estudios Geográficos*, 1957, 67-68, págs. 273-308.

TERÁN, M. de: «La situación actual de la Geografía y las posibilidades de su futuro». *Enciclopedia Labor*, vol. IV, 1960, págs. XXIII-XL.

TERÁN, M. de: *Pensamiento geográfico y espacio regional en España*. Madrid, Universidad Complutense, 1982, 454 págs.

TOYNBEE, A.: *Estudio de la Historia*. Madrid, Alianza, 3 vols., 1970.

UNAMUNO, M. de: *Andanzas y visiones españolas*. Madrid, Alianza, 1988, 296 págs.

VELA, F.: «El individuo y el medio: nuevas ideas biológicas». *Revista de Occidente*, 1923, 1, págs. 95-105.

VIDAL DE LA BLACHE, P.: «Les genres de vie dans la géographie humaine». *Annales de Géographie*, 1911, XX, 193-212 y 289-304.

WEGENER, A.: *La génesis de los continentes y océanos*. Revista de Occidente, 1924, 171 págs.